

Efectos de la música, al año de matrimonio.

713

LA SAETA

6 OCT. 1973

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION DE REVISTAS



20 CTMS

MISCELÁNEA

Kiosco LA SAETA

RAMBLA DEL CENTRO
FRENTE CALLE DE FERNANDO

Gran surtido de tarjetas postales, láminas de la República, retratos del Rey, venta de toda clase de semanarios ilustrados y demás periódicos.

La señora Propietaria de este kiosco, á más de LA SAETA, recibe

Heraldo de Madrid, Heraldo Taurino, Heraldo de la Rioja, Heraldo de Aragón, Correo de Valencia, La Caza Ilustrada, El Enano, Don Jacinto, Los Cómicos, Arte y Esport, Rosa y Azul, Diario de la Marina y el popular *Vox Populi*.

En este kiosco, además del cupón que se entrega por cada cinco céntimos de gasto, se hacen diferentes regalos.

Examen de Historia natural:
Maestro.—A ver, Rafaelito. ¿Dónde se crían los loros?
Alumno.—En el Parque.
—¿Y qué instinto distingue á esos animales?
—El de escapar.
—¡Tú brillarás, hijo mío! Retírate.

Un individuo se presenta al director de un teatro de provincia y solicita ser contratado.

—¿Ha representado usted alguna vez?—pregunta el director.

—Sí por cierto. ¿Conoce usted el drama *El perro de Montargis?*

—Sí.

—Pues bien. Yo soy el que ladraba entre bastidores.

Una artista recibió en su *camerino* un estuche con una preciosa sortija, acompañada de una tarjeta en que se leía lo siguiente:

«Un admirador que desea guardar el incógnito.»

—¡Lástima grande,—dijo una amiga curiosa,—que las sortijas no hablen!

—¡Por Dios, hija mía! -contestó la artista.—¿Qué sería de nosotras si nuestras alhajas tomaran la palabra?

En una reunión cursi:

—Vamos, niña, no te hagas de rogar; canta ó recita algo.

—Pero si no sé nada.

—Cualquier cosa; canta aquella romanza de Julio Verne ó recita aquellos versos tan hermosos de Mozart.

—No, mamá; te equivocas...

—¡Ay, sí, es verdad! Los versos de Guillermo Tell ó la romanza de Sebastopol; ¡qué cabeza la mía!

Charada

Tercia todo, la doctrina
nos lo recomienda á todos,
y tú, *todo*, amiga hermosa,
que eres *dos-prima*, á tu esposo
haz que dé pequeña suma,
y lo estimaremos todos.
Tercia limosna, queridos,
que es un acto meritorio.

MORENO

Jeroglíficos comprimidos

I

MLO.

UN CORCHETE

II

Q. Toreo L.

DOÑA CÚSPIDE

Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7	Nombre de varón.
	2	7	1	2	5	6	Adjetivo.
		5	4	7	4	6	Tiempo de verbo
			5	2	4	3	Producto vegetal.
				4	1	4	Letra.
					4	7	Preposición.
						1	Consonante.

V.

Fuga de vocales

.l br.t. d. P.c. P.c.
p.g. . J..n. c.m. .n l.c.
y .y.r t.rd. d.j. T.c.:
—P.c. P.c. p.g. p.c.

M.

Soluciones á lo insertado en el núm. 712

CHARADA.—Caramelo.
JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Bastardos.
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Minuteras.

AÑO XV BARCELONA 21 DE JULIO DE 1904 NÚM. 713



No sé cómo escribo, ni lo que hago, ni lo que pienso... y á veces me dan ganas de romperme la cabeza contra algo duro... estoy loco...

Es decir, me tiene loco un enjambre de chicos que viven encima de mí, ó sea sobre la redacción de este modesto semanario.

Yo no sé los que habrá en la casa; pero, por si fuesen pocos, se les agregan los demás muchachos de los otros pisos, y ya ni Dios pára.

A eso de las tres de la tarde salen á una gran terraza que sirve de techumbre á nuestros almacenes, y allí se arma cada bronca que canta el credo.

Unos van montados en carritos de madera, produciendo un ruido infernal.

Otros juegan á los soldados y dan batallas y se rompen el alma unos con otros, y á mí me destrozan el tímpano.

No hace muchas tardes, era tal la gritería y los golpes que daban en el suelo, que me vi obligado á quejarme á la portera.

Esta, que es una señora amable, á pesar de que está muy gruesa, me recibió con la sonrisa en los labios y un manojo de *bróquil* en las manos.

—¿Usted gusta?—me dijo, ofreciéndome el verde.

—Gracias, no lo gasto,—le contesté. Ahora venía á decirle que esos chicos me están volviendo loco.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Pues, hija, que los cueza con el *bróquil* ó que los encierre en otra parte para que nos dejen trabajar.

—Mire usted, ayer se lo dije á la criada, porque á mí también me dan la lata; y ¿sabe usted lo que me contestó?

—No, señora.

—Pues que estaban en su casa.

—¡Toma! Yo también estoy en la mía.

—Y yo.

—Bueno; pues ya que no hay otro remedio, tome usted estos diez céntimos.

—¿Para qué?

—Se los da usted á la criada, y le dice de mi parte que los emplee en sebo para las ruedas de los carretones de los chicos; á ver si así el ruido es más suave.

Pero ¿ustedes creen que el ruido ha cesado?



Todo lo contrario.

Cuando más tranquilos estamos, asaltan los chiquillos la terraza, y á morir por Dios.

Ya no respetan ni las mañanas, aunque el sol les amenace furioso.

Para esa gente menuda no hay más placer que el trastorno revolucionario.

A veces pienso, ¿si serán éstos los encargados de armarla el día de mañana?

Esto me reconcilia con ellos un momento; pero como sigue la gresca, pronto me doy de nuevo á los diablos.

Y parece que los condenados me observan á través del techo, y me están tomando el pelo de ló lindo.

Cuando mayor es la gritería en la terraza, abandono los almacenes y me encierro en el despacho, diciendo:

—Ahora me dejarán tranquilo.

Pero ¡quiá! Las criaturitas, entonces se forman de dos en dos, y, atizando unas patadas terribles, se dirigen al gabinete del piano, que está colocado encima del despacho, y allí tiene lugar el gran concierto vocal, instrumental é infernal.

Uno de los niños la emprende á puñetazo limpio con las teclas, arrancando al pobre instrumento tremendas lamentaciones de dolor; y los demás cantan ó le acompañan con embudos, tapaderas de los retretes y con todo lo que encuentran á mano.

¿Y ahora comprenden ustedes que tenga la cabeza trastornada?

Y no soy yo sólo.

Un dibujante, joven rubio y no mal parecido, que tiene la mesa debajo de una claraboya de la terraza, está enfermo desde que han comenzado estos trastornos.

El pobre chico se queja amargamente, y no hace muchos días, cuando gritaba pidiendo auxilio para que le dejaran en paz, recibió en el cogote una ducha templada, procedente del chico menor, que le habían sentado precisamente sobre el hueco de la claraboya.

—¡Esto es una porquería!—gritó cuando se dió cuenta de lo que era aquel rocío.

Y desde entonces no dibuja con tino, ha perdido las ganas de comer, y se ha empeñado en que le suban el sueldo.



¡Está loco!

Los demás dibujantes y dependientes de la casa, se han puesto en las orejas tapones hechos con recortes de papel de *Piripitipi*, y á pesar de eso no hay quien se entienda cuando los chicos se dedican á los juegos, que es todo el santo día.

¿Qué más? Hasta la portera ha empezado á perder carnes y se quedará como un espárrago, siguiendo las cosas como van. Yo no tengo ya á qué santo quejarme y me encomiendo á Dios nuestro Señor, para que me saque de penas lo más pronto posible.

¿Ven ustedes? Ya me deseo la muerte; porque si grande es la gritería ensordecedora de los chicos, no lo es menos la de los grandes del almacén cuando les increpan desde las ventanas del patio.

¡Bonito verano me espera!

JOAQUÍN ARQUES



La bella Flora



Madame de la Solana,
actriz de mucho talento,
algo coqueta, mundana,
y derrochando, un portento.

Pinchar en hueso

Vaya una mujer *pa* un hombre! ¡Olé las jembras con gracia! ¡Bendito sea hasta el monaguillo que tuvo la sal que le echaron en esa boquita fresca que al Señor le pido me sirva de *arcansía* para guardar todos mis besos!

—Dos *perras gordas* me apuesto á que ese *caballero,* con ser tan bondadoso, no le concede lo que con tanta fe parece que le pide.

—Guárdeselas para flores, no vaya á perderlas, *¡resalá!*

—¿Perderlas yo? Usted no está bueno de la cabeza.

—Como he de estar bueno, si desde que tuve la desgracia de verla, estoy *chalao perdío* por culpa de esos andares que usted se trae, que hasta la respiración me corta cuando pasa por mi *lao;* por culpa de esa cara que usted tiene más *salá* que la mojama, y por *mor* de esos ojillos, que si bien son chicos, en cambio hablan más que un dentista callejero.

—¿Lo que acaba de decirme lo siente tal como lo ha dicho? ¿Verdad que no?

—¡Pero venga usted acá, sonrisita de mi cara! ¿Duda quizás de mi cariño? ¿Cómo quiere que le diga que le adoro? ¡Maldita sea mi estampa! Si desde que la conozco me dan con tanta frecuencia cólicos de cariño que estoy por decir se me han hecho crónicos, por lo mucho que en usted pienso.



La sin rival Josefina,
tiene amantes á docenas,
y á los pobres los fascina
siempre después de las cenas.

—¡Qué modo de exagerar! ¿Tanto le gusto?

—¿Gustarme? Más que una cazuela de *papas*. Como que, si me dijera, aunque fuera de *mentirijilla,* que me quería, y que yo sólo era dueño de su albedrío, de la alegría que me daba me volvía más loco que el reloj de la Catedral.

—¡Ay que gracia! Loco ese reloj y siempre está *parao*.

—*Parao* estará algunas veces, pero cuando le dan cuerda, *¡chavó!* ni que estuvieran tocando á fuego. El otro día, á la una, empezó á dar *campanás,* ¡y aquello fué el disloque! Hubo que sisearle para que se callara.

—¿Sí? Pues si yo supiera que le ocurría á usted lo mismo, era capaz de estarle siseando hasta que el San Expedito que tengo en mi casa echara bigote.

—No sabe usted muy bien, *engendro* de mis ensueños, el destrozo tan grandísimo que causa en mi alma su *guasita*. Háblame por su *salú* en serio que me tiene ya el cuerpo tan *achicharrao* y tan negro que con seguridad ha de parecer por dentro el interior de una chimenea.

—¡Hombre! Lo siento mucho, pero qué he de hacer, si tengo novio.

—¡Qué va usted á tener, alma mía! En la manera de decirlo lo he conocido que me está engañando. Eso lo dice tan sólo por darme *achares*.



Es dramática miss Rega,
y tan en serio lo toma,
que al marido se la pega,
y él á veces la desloma.

—¡Ya lo creo! Y *esaborío* que es el chiquillo. Y no es *ná* cuando se sienta á mi *lao*. Más contenta me pone que si me tocaran la Marcha de Cádiz.

—¡Oiga usted, mare! ¿Y no tiene usted más que un novio? ¡Qué miseria!

—¡Hijo! Pues cuántos quiere usted que tenga. Se ha creído quizás que mi corazón es algún décimo de *Pascua* que se le da participación á todo el que llega.

—No, señora. Si su pecho es demasiado abultado, no por eso voy á creerme oculte en él una administración de Loterías.

—*¡Pa chasco!* Pero aunque así fuera, puedo asegurarle que jamás será usted el lotero.

—¿Es que se ha propuesto matar mis ilusiones? Pues fíjese bien en lo que va á hacer. Mire usted que yo la adoro, que la quiero con delirio, con un corazón más grande que la muestra de una alpargatería.

—Todo eso me importa muy poco. Lo primero, porque no lo creo, y lo segundo, que ni trayéndome una solicitud *firmá* por el Papa para que lo admita, consigue usted que mi personilla le ponga el visto bueno.

—Vamos á ver, corazoncito *escarchao*, ¿qué motivos tiene para no creerme? ¡Incrédula!

—Que se le está conociendo en la cara que no siente lo que dice, y, en fin, que tengo mucho que hacer y además me estarán esperando en mi casa... ¿Sería tan amable me hiciera un favor?

—¡Con toda mi alma! Con tal de demostrarle que la quiero, soy capaz de cantar, bailar, llorar...

—*¡Camará!* Ni que fuera usted un fonógrafo.

—Déjese de *chirigotas* y dígame pronto lo que desea.

—¿No lo ha entendido todavía? Que se vaya, hombre, donde no lo vea, que es usted más engañoso que una peluca.

—¿Lo dice en serio?

—¡Más seria que una tormenta!

—Pues, vaya usted con Dios, desagradecida! Y permita la Virgen de los Dolores que cuando llegue á su casa, encuentre á su novio tendido en el suelo *revolcándose* con dos...

—¿Con dos qué?

—Con dos copas de más, criatura. No se apure, ni se ponga de ese modo. ¡Ni que fuera usted á comerme!



Mucho pelo tiene Irene,
y eso que se lo ha cortado,
por eso si no lo tiene
no es bueno para tomado.

—No lo hago por no ensuciarme el estómago, mala sombra. ¡Permita Dios que cuando hable usted á una mujer con intención de engañarla, se le haga el corazón más pedazos que espinas tiene un besugo.

SERGIO GÓMEZ MALDONADO

Conquista

La gracia andando! ¡Vaya unos ojos y vaya un cuerpo!... El dueño de esa cara debe ser el hombre más feliz del barrio... Pero atienda usté, hija, que le habla un hombre honrao... ¡Qué aire pa andar! Yo la nombraba á usté reina del cielo y de la tierra... Oigame, ¿quiere usté responder á una pregunta?... ¿Eh?... (Ya es demasiao callar). ¿Es usté soltera, ó viuda, ó casada?... Porque si es usté lo primero ó lo segundo, aquí estoy yo dispuesto á too... (Debe ser más honrá que la Paloma, porque parece que le molestan los chicoleos). Ya que no contesta, siquiera mire usté pa este lao, que con una mirá suya estoy alimentao pa el mes... Niña, niña, basta de orgullo, que no le voy á quitar ningún cacho... Si cree usté que porque se calle no la voy á seguir, está usté muy equivocá. La seguiré too el día y toa la noche, si es preciso, y hasta que diga usté si puedo ó no quererla, no la dejaré en paz... (Ni con destornillador le saco una palabra. A ésta la han criao en fanal). No sea usté así, mujer. Parece mentira que un cuerpo tan bonito oculte tanto malo; porque, ¡cuidado si me está usté haciendo sufrir!... ¡Siquiera una palabra! Aunque no sea más que mandarme á paseo, pero que yo tenga el gusto de oir su voz, que debe ser más alegre que el ruido de las monedas de oro... Ande usté, hermosa. ¿Tiene usté novio? ¿Es usté casada? ¿La sigo? ¿No la sigo?... ¿Ha dicho usté algo?... ¿Eh?... (Sí, sí. ¡Las ganas! Tendré que volver al principio, porque se me va agotando el repertorio). Ese cuerpo, niña, derrama la gracia y el salero á puñaos. El hombre que tenga la suerte...

—¡Camará! Es usté más pesao...

—(¡Gracias á Dios!)

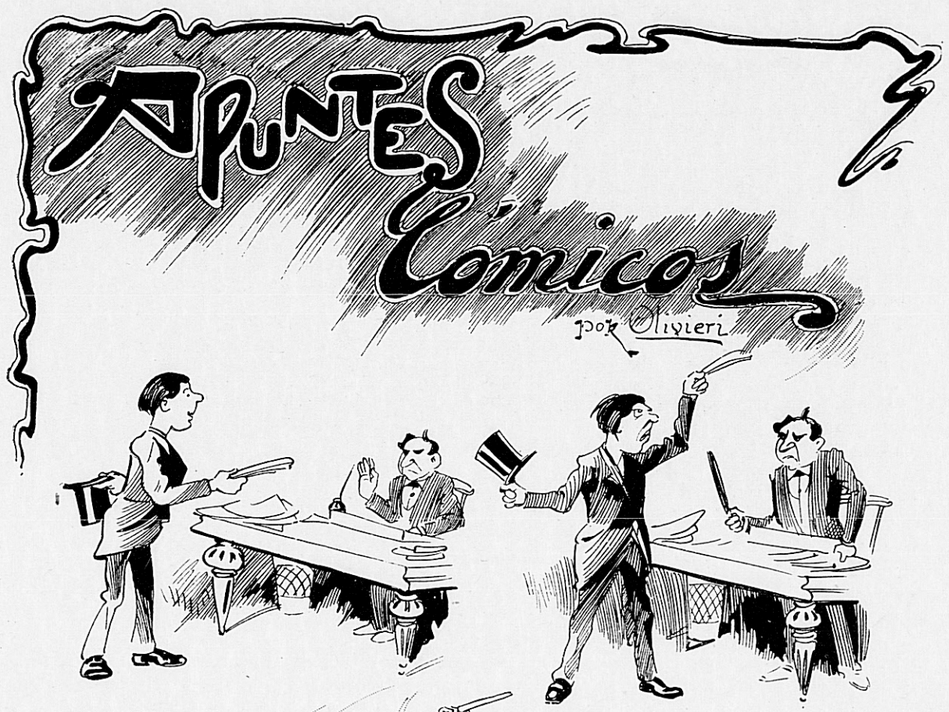
—... que el médico y más torpe que un ministro. ¿No me ha conocido usté entodavía? ¡Fíjese usté, hombre, fíjese usté!... ¿Pero no nota usté que le estoy diciendo cómo me llamo? ¡Cinco pesetas!... ¿Hace ó no hace?

—Más baratas las he visto, hija. Sigue, sigue tu camino, que no acepto la invitación. (¡Anda, y que te zurran! ¡¡Menuda plancha!!)

ABELARDO DELGADO



Momento terrible fué aquél en que los dejaron solos después de la boda.
Ella, no se podía despegar de la silla.
El, no podía plegar el *claque* por más que se esforzaba.



Este es el último sistema para recibir pretendientes á destinos.



Primero se le oye, y cuando deja en la mesa su petición,

entonces se le da la gran paliza, para que no vuelva á presentarse.



Nada, ya lo están ustedes viendo. Hasta los perros llegarán á dejarnos tamañitos.

Noticia taurina



El *Ratonero* ha salido para Fuente-Aljurra.
Fueron á despedirle á la estación numerosos amigos políticos y particulares del diestro.

Compuesto y sin novia

Lo que es testarudo... ¡vaya si era testarudo el Rigoberto de mi relato!

Lo menos tres meses llevaba paseando la calle á Magdalena, con esperanza de próxima correspondencia.

Puede asegurarse que mi protagonista había trasladado su residencia al café de *Las Naciones*, cuyas ventanas daban frente á la casa de Magdalena.

El muchacho, que no tenía gran experiencia de la vida, sentíase de buena fe enamorado y medio loco por aquella encantadora rubita, quien, por su parte, no desatendía, ni mucho menos, las amorosas insinuaciones de su inexperto galanteador.

Los amigos de Rigoberto, sus contertulios en el café, conocían á fondo quién era Magdalena, y en más de una ocasión habíanle sacado los trapos á relucir entre sabrosos comentarios y picarescas exclamaciones, con lo cual avivábase más y más en el joven enamorado su desco de llamarse dueño de tan soberana hermosura.

Magdalena, sin llegar á lo escandaloso, tenía una historia íntima poco recomendable y muy digna de censuras.

Soltera, de veinticinco años, huérfana y sola en el mundo, vivía alegremente bajo la protección de un viejo calavera que le costeaba casa, vestido y mesa, satisfaciendo á boca que pides sus caprichos más extraordinarios, á trueque de mentidas asiduidades y embriagadoras caricias que embelesaban al pobre señor, minando sus ya no muy firmes facultades y su bien repleto bolsillo.

Además, Magdalena, que se pasaba de lista, poniendo en práctica lo de *uno para el gasto y otro para el gusto*, sostenía secretas relaciones con un hijo de Marte, bizarro—como todos—y como la mayor parte, bienquisto de las hembras.

El viejo, por deberes de familia, pues era casado, veíase en la necesidad de abandonar la corte los sábados por la mañana, para regresar el lunes inmediato; la excursión hebdomadaria tenía por objeto visitar á su mujer y sus hijos, que veraneaban en un pueblecito cercano á la sierra.

Tales interregnos aprovechaba Magdalena para divertirse con el militar y algunos más que contribuyeran espléndidamente al culto de la humana deidad.

Todo eso lo sabía Rigoberto, que no andaba muy sobrado de bienes de fortuna, y, sin embargo, emprendió la conquista fiado únicamente en su gallarda figura y buena sombra, sin querer convencerse de que en este pícaro planeta sublunar es inútil acometer ciertos negocios con el sexo débil, careciendo de ese *vil* metal, al que no recuerdo quién, llamó palanca del mundo.

Y su ignorancia le puso en el trance que sirve de argumento á esta desaliñada relación.

Cierta noche, durante la cual, como de costumbre, hallábase Rigoberto sentado junto á una ventana del café, entreteníase en hacer señas á su pretendida que, desde el balcón, respondía en igual forma á las *telegráficas* manifestaciones de su importuno pretendiente.



—¿Conque usted sólo pitillos?
—Sí, señor.
—¡Qué tontería!
Yo, desde que estoy casado,
no puedo dejar la pipa.



Aquí verán ustedes, señores, cómo el soldado francés siente como el español:



Primero la contempla, como el gato al ratón antes de comérselo

Rigoberto, creyendo percibir una seña ordenándole que esperase, al ver que Magdalena se retiraba del balcón, decidió escribirle, y sin pensarlo más, redactó con lápiz en una hoja de su cartera esta lacónica misiva:

«*¿Puedo subir? Suyo*, RIGOBERTO LINAZA.»

Entregó la epístola al sereno, quien mediante la propina de dos pesetas, prestóse gustoso á ser el portador.

Momentos después, con el mismo intermediario, llegó á manos de Rigoberto la contestación que copio:

«*Espere un momento: no sé si estará el militar escondido en la escalera. Avisaré.* MAGDALENA VIVALDOS.»

Rigoberto, loco de alegría, esperó con la impaciencia que supondrán mis discretísimas lectoras.

No tardó en asomarse de nuevo Magdalena, llamando á Rigoberto para decirle:

—Llame al sereno y dígale que abra; espéreme usted en el café, que yo bajaré para decirle cosas que le interesan.

Rigoberto cumplió el mandato con la disciplinada solicitud de un recluta; y después de llamar al sereno, dándole de paso una peseta más en pago del nuevo servicio, retiróse al café en espera de ya inmediatos acontecimientos.

Abrió el sereno la puerta y en ella estuvo más de quince minutos, que siglos parecieron á Rigoberto, sin que persona alguna pisara el umbral.

En esto, un vecino reclamó á voces los oficios del vigilante y éste cerró la puerta de Magdalena mientras franqueaba la del recién llegado.

Larga pausa. Volvió el sereno, abrió por segunda vez la puerta que tantos afanes costara á Rigoberto, y esperó.

Nuestro héroe y sus amigos de tertulia, no podían reprimir la curiosidad en ellos despertada por escena tan interesante.

Voz á lo lejos gritando:

—¡Sereno!

Y nueva maniobra de éste, cerrando aquí y abriendo allá, con intervalo de algunos minutos.

Otra pausa prolongada; retorno del vigilante y tercera apertura de la puerta misteriosa.

Pero como á la tercera va la vencida, esta vez no resultó infructuosa la operación.

Abrió, digo, por última vez la puerta el sereno y... ¡oh, sorpresa!,.. á la tenue claridad del farolillo reconoció Rigoberto la para él antipática figura del militar, acompañando á Magdalena.

Rompe-cabezas: ¿Dónde está la pastora? Es decir: ¿dónde estaba el militar cuando Magdalena recibió y contestó la esquela que Rigoberto le dirigiera?

Ecco il problema.

La feliz pareja, dándose el brazo, pasó por delante de Rigoberto, al que ambos amantes dirigieron burlonas miradas, y el desdichado la vió pasar corrido y abochornado por las estrepitosas carcajadas de los compañeros, testigos del chasco hábilmente jugado por la astuta cortesana.

Rigoberto, sumido en hondas confusiones, exclamaba:

—¿Dónde estaba el militar? ¿Habrá sido él quien contestó á mi carta? He quedado compuesto y sin novia. ¡Dé usted tres pesetas al sereno para esto!

LUIS FALCATO

El drama realista

UN dramaturgo sabio tuvo la gran idea de inspirar sus obras en la realidad más estricta.

Una teoría nueva, una manera de hacer diferente de todas; lo que él creía que el teatro debe ser: sacar tipos, costumbres, caracteres reales, sin fantasía alguna, con las frases, modos y procederes de esos caracteres, costumbres y tipos.

¿Era el protagonista un potentado de levita? Pues á buscarlo en la sociedad, á encontrarlo y á estudiarlo de cerca. Cómo habla, cómo piensa, cómo expresa sus odios, cómo adorna sus afectos, todo salga á la escena igual que si aquel personaje fuera el actor mismo.

¿Había que sacar una escena del campo, un diálogo entre esas inocentes personas que trabajan y viven insociables? Pues allá iba mi dramaturgo con sus cuartillas, para observar de cerca á los personajes y hasta los sometía á examen riguroso pidiéndoles la solución que ellos darían en cualquier problema pasional, que él les explicaba de antemano.



Después le dice una cosa la mar de intencionada



De allí se pasa á la caricia íntima



De la caricia íntima, al beso apasionado... y de allí... ¡Al cuartel!

No siempre le satisfacía la respuesta, considerando la diferencia que hay en el pensar de un hombre frío, sin la excitación de la pasión que se le da supuesta, á ese mismo hombre puesto en la realidad de aquel afecto, de aquella pasión que se pretende solucionar.

Esta teoría costó al dramaturgo muchos sinsabores y alguna vez recogió los cachetes de un marido airado ó de una mujer nerviosa.

¿Que en tal casa vive un matrimonio mal avenido, que el marido es borracho, que la mujer es buena, que él se gastaba el dinero en los tugurios y un hijo pequeño se muere de hambre? Pues allá va mi hombre y sin pedir permiso se cuela en el hogar donde grita el marido, llora la madre y gime el hijo pidiendo pan.

¡Cuántos insultos le costó esta curiosidad artística y qué de cosas tuvo que escuchar en algunas ocasiones!

Pero él, impertérrito, sin hacer caso de injurias ni de malas palabras, copiaba sus impresiones al volar de la pluma y con la alegría del naturalista que describe un nuevo ejemplar zoológico.

Un día pasaba por una calle á tiempo de presenciar una bronca entre dos hombres.

Insulta uno á la madre del otro; éste tira de una navaja colosal y aquél empuña una descomunal pistola.

Todos los transeuntes huyen despavoridos, quedando el dramaturgo junto á los contendientes.

De pronto, aparece por una esquina de la calle próxima á donde se desarrolla el hecho, la madre de uno de ellos; el escritor instantáneamente forja en su imaginación la escena que se le ofrece en el momento en que caiga el hijo de aquella mujer que corre desolada, muerto por un balazo del contrario.

Loco de alegría, de una alegría salvaje, inconsciente, quiere aprovechar aquella escena y como viera defraudarse su interés realista con la presencia de la madre, que separaría á los contendientes sin que realizaran el crimen uno ú otro, se cogió al de la navaja, al hijo, que ya iba á descargar el golpe; le detuvo el brazo, y dejó al otro disparar su pistola, cuyo proyectil atravesó el corazón del infortunado contrincante.

Llegó la madre en aquel momento y sólo pudo recoger el último suspiro de su hijo que se revolcaba en el suelo entre las últimas convulsiones de la muerte.

Y mi dramaturgo á escribir las frases de aquella mujer inconsolable y desesperada.

Esta escena le valió á mi hombre ser acusado de culpable en aquella muerte, como lo era, en efecto; pero gracias á la influencia, pudo salvarse diciendo que él tuvo el propósito de evitar la cuestión al coger el brazo que empuñaba la navaja.

Y fué absuelto después de pasar tres meses en la cárcel, cuatro de visitas á la audiencia y una vida de remordimientos de conciencia que le devoraba el corazón.

Y tenía un drama á punto de terminar, según sus nuevas teorías; todo era real en él, no había escena ni frase que no hubiera sido presenciada por él ó pronunciada por un personaje real.

Le faltaba el final, el desenlace, la última escena, que consistía en un adulterio.

Necesitaba el dramaturgo encontrar una mujer infiel á su marido y... ¡presenciar el acto en que el marido coge en *infraganti* delito á la esposa adúltera! ¡Ya era cosa difícil!

Anduvo un año entero en busca de ello; cometió mil indiscreciones y sufrió nuevos insultos y bastantes golpes por meterse en camisa de once varas, y nada, la escena no se encontraba en ninguna parte.

—No parece,—decía,—sino que desde que yo necesito una mujer infiel, se han vuelto todas honradas y no hay ni una sola que falte á su marido.

Perdida la esperanza, recurrió á un recurso supremo.

Calculó que un hombre cuarentón, bien conservado, con una indumentaria hasta elegante, bien puede enamorar á la mujer de su prójimo.

Y puso manos á la obra, enamorando á la mujer de un amigo.

Resultado: que se enteró el tal amigo, lo acechó, le vió entrar en su casa, lo cazó dentro y le obligó *ipso facto* á batirse con él á espada francesa, cuyo duelo tuvo por resultado tres meses de gravedad y dos de convalecencia.

Y siga el drama, es decir, siga la comedia, porque hasta aquí fué comedia cuanto ocurrió al dramaturgo *modernista*.

Perdió ya las esperanzas de terminar su obra y estaba muy contrariado por ello.

Pensó mucho; pasaba las noches dándole vueltas á aquel desenlace y buscando el medio de hallar la escena real.

Tuvo una noche una idea feliz, aunque aventurada.

Su mujer era joven aún; tendría treinta años, la edad de las exuberancias de matrona y de los desalientos conyugales.

Era expuesto el caso, pero había que ponerlo en práctica. De él dependía el triunfo de su escuela y su fama universal de autor dramático original y sabio. Manos á la obra.

Buscó á un amigo de los más fieles que tenía, le planteó el problema que bullía en su cabeza desde mucho tiempo atrás y rogó al amigo hiciese el amor á su señora apasionadamente, hasta conseguir una cita á solas con ella. El estaría observando la escena sin ser visto; pero que no por eso fuera comedido en sus frases de amor y en sus apasionadas palabras.

Quedaron convenidos. El amigo comenzó su tarea de galán seductor y al cabo de un mes



—Vamos á ver, niños: ¿qué dice aquí?
—*Chicharito*
—¿Y eso qué quiere decir?
—El nombre de un semanario nuevo.
—¿Y la cifra de más abajo?
—Esos son los millones de números que se van á vender.



Sonríe pensando estar
en brazos de su marido,



y después sigue pensando,
y... ya lo ven, el delirio.

pudo alcanzar la cita apetecida en el jardín de la casa. El dramaturgo observaba desde un kiosco, oía las palabras y ¡ojalá no hubiera oído más que esto! también oyó el sonido de unos labios al besarse.

Sin embargo no dejó de apuntar las palabras que salieron de aquella mujer con todo el azoramiento de la esposa que falta á la fidelidad jurada ante el ara.

Al otro día desapareció su mujer y supo con honda pena que había salido para el extranjero con su amigo y *ayudante*.

El escritor escribió con lágrimas el desenlace de su obra, que acababa dando muerte el esposo burlado á la mujer adúltera.

El drama se estrenó y obtuvo un éxito ruidoso.

En un periódico de la corte explicaba el autor el argumento de su obra y del modo que había sido escrita, sin omitir la última escena.

—¡Todo ha pasado, todo lo he visto!—terminaba diciendo en el artículo.

Y como hubiera algún amigo que le dijera que el desenlace era falso, porque él no había matado á su esposa, contestó:

—Eso será real dentro de poco: ya lo escribí con mi cuenta y razón...

. . . . . .

Y á los pocos días publicaban los periódicos de todas partes, la muerte de la esposa de un eminente dramaturgo recientemente aplaudido, á manos del mismo, y víctima de una bala de revólver.

¡Lo mismo que en el drama!

Y el autor respiró con fuerza al ver que su obra ya era un *drama realista* perfecto.

P. JARA CARRILLO

CANTARES

Bien sabes que soy tu esclavo,
debiendo tú ser mi esclava,
¡y nunca de mí te acuerdas,
y dudas de mis palabras!

—

No me niegues, no me niegues
las penas que tu alma sufra,
que quiero sufrir contigo
las penas del alma tuya.

—

Quiero llorar y no lloro
del pecho mío las penas.
¡Qué fortuna mi fortuna
si yo llorarlas pudiera!

—

Cuando yo enterrado esté,
que beses mi tumba quiero,
que quiero ser en mi tumba
el más feliz de los muertos.

—

No esperes que yo te quiera,
que á mi madre has ofendido,
y un mal hijo yo sería
si te diera mi cariño.

—

Al honor de la mujer,
lo que al armiño, le pasa:
que pierde el valor que tiene
con una pequeña mancha.

—

No puedo mirarte nunca,
queriendo mirarte siempre.
¡Ya ves si tengo razón
para maldecir mi suerte!

—

Siempre que sufriendo estoy,
me consuelo yo pensando
en lo que podré gozar
y en lo mucho que he gozado.

—

¡Para qué quieres que yo
perdone tus muchas faltas,
si todas las sabe Dios
y no puede perdonarlas!

—

Si te llevan á la gloria,
que me lleven á ella quiero;
ó al infierno, si te llevan
los demonios al infierno.

—

Amistades tengo pocas,
y el motivo se comprende:
nunca miento, y amistades
tiene pocas quien no miente.

—

No sé quién es ni tampoco
si volveré á verla más;
¡yo sólo sé que la quiero
y no la podré olvidar!

—

¡Qué felicidad tan grande,
besar, morena, tus labios,
sentir de tus labios besos
y morir entre tus brazos!

—

Tú eres la gloria por esto:
no hay penas al lado de ella,
y quien está al lado tuyo
no sabe lo que son penas.

—

Para darme el gran disgusto
tu padre me anda buscando,
y tu madre me aborrece...
¡Qué divertidos estamos!

—

Si el portero se descuida,
podrás entrar en la gloria;
pero no se duerme nunca
ni deja la puerta sola...

—

De cierto cantar que oí
lo siguiente yo recuerdo:
«Yo digo, porque lo sé,
que no faltarán tormentos
á dos que se quieran bien.»

—

Mi fortuna yo diera
por verte ahora,
y por un beso tuyo
mi vida toda.

—

Esta esperanza tengo
de ser feliz:
que tú me quieras siempre
como yo á ti.

—

Nadie diga que puede
subir al cielo,
que al cielo sólo suben
los niños muertos.

—

Digo yo que es siempre
grande mi fortuna,
¡y me dan la muerte
las miradas tuyas!

—

Si cuando muere un niño
sube á la gloria,
¿por qué de los que mueren
la muerte lloran?

—

Dicen que me quieres
más que yo te quiero.
¡Qué suerte la mía
si eso fuera cierto.

—

No me jures que me quieres,
que en los ojos de tu cara
lo siguiente estoy leyendo:
que me olvidas y me engañas.
No me jures que me quieres,
que ya sé lo que te pasa:
que tú quieres ser muy buena,
y serás siempre muy mala.

EMILIO PÉREZ EGEA



Galería de bellezas: (25 de la serie)

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA

ROMÁN GIL-EDITOR

PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.